

## ORACION FUNEBRE,

Que en las anniversarias Honras de los Militares Defuntos de España, celebradas en la Santa Iglesia de Mexico,

DIXO EN PRESENCIA DEL  
 EXC<sup>mo</sup>. SR. MARQUES DE CROIX,  
 Cavallero del Orden de Calatrava, Comendador de Molinos, y Laguna Rota en la misma Orden, Thentiente General de los Reales Exercitos de S. M. Virrey Governador y Capitan General del Reyno de Nueva España, Presidente de su Real Audiencia, Superintente General de Real Hacienda, y Ramo del Tabaco de él, Presidente de la Junta, y Juez Conservador de este Ramo, Subdelegado General del Establecimiento de Correos Maritimos en el mismo Reyno, el dia 19. de Noviembre de este año de 1768.

EL DR. DON GREGORIO DE OMAÑA;  
 Canonigo Magistral de dicha Santa Iglesia,

---

 IMPRESSA

de orden de su Excelencia:

En la Imprenta Real del Superior Gobierno, del Br. D. Joseph Antonio de Hogal, En la calle de Tiburcio.

ONA OION FUMEBRE

Que en las universidades Hombres de los  
que en la Santa Iglesia de España

EXC. SEÑOR MARQUES DE CAJALAN

Excelencia de la Real de España



**FORTISSIMUS JUDAS DUODECIM**  
*millia drachmas argenti missit ferofolimam of-*  
*ferri pro peccatis mortuorum sacrificium, bene,*  
*& religiose de resurrectione cogitans.*

Ex lib. 2. Machab. cap. 12.

**D**EXARON POR FIN LA CONTINUA MIL-  
licia de la vida los que hasta el fin sigieron la es-  
trecha vida de la milicia. Libraronse al cabo de la  
molesta guerra de las pasiones los mas apasionados por la  
guerra. Sirviolos de ocio apacible el ultimo desmayo, á los  
que nunca dexò descansar su aliento. Con esto he dicho,  
que murieron como Hombres los Militares de España: Va-  
rones por cierto dignos de la immortalidad. Yacen fragil pol-  
vo en el breve recinto de un sepulchro, los que apenas ca-  
bian en el ambito de el Orbe. Entraron ya á la tierra de el  
olvido, los que deben siempre ocupar la memoria, de nue-  
tra valiente agradecida Nacion. O desengaño el más claro!  
O recuerdo el más util! O experiencia la más dolorosa, pe-  
ro igualmente la más persuasiva de lo caduco, y miserable de  
nuestro ser! ¿Qué se hicieron tantos, y tan ilustres Capita-  
nes, que en todos tiempos, y en ambos mundos colmàron á  
nuestra Monarchia de más glorias, y trophèos, que á sus res-  
pectivas Republicas los Carthagenenses, los Griegos, y los  
Romanos? ¿Donde estàn los que enriquecieron, y dilatàron  
el Imperio Español, ya por tierra, ya por mar, con maiores,  
y más utiles Conquistas, que las de los Annibales, los Scipio-

piones, los Pompeyos, los Cefarés, y los Alexandros? ¿Donde están un Bernardo, un Conde Fernan Gonzales, un Cid Rui Diaz, azóre de el Agaréno, que tantas veces eclipsaron sus medias Lunas? ¿Donde los Vargas, los Vegas, los Guevaras, los Girónes, los Manríquez, los Guzmánes, los Faxardos, los Ossorlos, los Pachecos, los Mendozas, los Enríquez, y los Ponzes, cuya vertida sangre, salpicando tal vez Regias Purpuras, hasta hoy tiñe, y esmalta la primera Grandeza de Castilla? ¿Donde están los Colónes, los Cortéses, los Pizarros, los Almagros, los Alvarados, los Velásquez, y los muchos Conquistadores, y Pobladores de una, y otra America? ¿Donde un Gran Capitán, y su Militar Discipulo Leyba, ambos opuestas rocas á la rapidez, y el impetu de la Francia, aquel en Napoles, este en Pavia? ¿Donde un Duque de Alva, un Farnesio, un Mondéjar, un Austria, terror los primeros de el Hereje, y Olandés en Flandes; y los segundos de el Turco, y el Moro en Granada, y Lepanto? ¿Donde un Conde de Fuentes, un Espinola, un Feria, un Leganés, á quienes hicieron más celebres, que las Conquistas de Cambray, Ostende, Cassal, y Cathaluña, la Noble emulacion, y concurrencia de los mas famosos Capitanes de aquel tiempo, de un Duque de Viron, de un Mauricio de Nassau, de un Gustavo Adolfo, de un Montecuculi, de un Luxemburg, de un Turenna? Y cñendonos solo á este Siglo verdaderamente Militar, ¿qué se hicieron un Bedmár, un Aytona, un Villadarias, un Valde-Cañas, un Bay, un Thoi, un Aguilar, un Popull, y un Risburgh? ¿Donde están los Ledes, los Montemáres, los Glimes, los Conquistas, los Minas, y los Gages? ¿Donde los Armendaris, los Santa Cruces, los Caracholis, los Estabas, y los Patiños? ¿Donde los Aramburus, los Piñateles, los Rotdeviles, y los Ahumadas? Y por no pasar en silencio á los de inferior grado, ¿donde están aquellas bravas tropas, que en

los

los terminos de Almanza hicieron prodigios de valor en aquella memorable Batalla, que el mismo Rey Phelipe quiso eternizar en mármoles, y el actual Rey de Prusia, comparandola á las de Malpakot, y Turin, cuenta por una de las mas gloriosas del Siglo? ¿Qué se hicieron aquellos treinta mil Hombres de la primera expedicion de Sicilia, gente toda tan esforzada, que á juicio de un Desapasionado Escripior, cada Soldado pudiera ser Oficial? ¿Qué se hicieron por último tantos Gefes, y Subalternos? Viven, y vivirán en egos de la Familia. Pero ni esta, ni su Marcial Intrepidez, y espíritu, ni su admirable fortaleza, y constancia, ni su acreditada conducta, y heroicidad bastaron á redimirlos de aquella dura pensión, á que [en pena de la primera culpa] nacimos expuestos todos los Mortales. O tributo siempre terrible! O muerte nunca mas oruel, nunca menos deshonrada, que en semejantes Campaones! Lámase en hora buena venganza, y no triumpho tuyo, haver descargado el fatal golpe, en los que menos temieron tu fero, y triste semblante. No sea hazaña, sino embidia, haver postrado el valor. Pásse plaza de tiranía el estrago de tanto laurel marchito; pero por mucho que te infamen, quien no vee, te hicieron famosísima los mismos Militares Valientes, yá peleando como Heroes hasta morir, yá muriendo como Hombres por pelear?

Y quien en esta consideracion, aun sujetandose á las comunes leyes de la pena, no deberá juntar los aplausos con suspiros, las aclamaciones con los ayes, los victores con los lamentos? Esta nueva Pira, en que mezcladas luces, y sombras, se nos representan trophéos, y desgracias; esta lugubre pompa, donde equivocandose lo Magestuoso, y lo triste, se hace el dolor más solemne; las publicas demostraciones, con que el mayor de los Monarchas une, y acredita su sentimiento con sus Honras, nos sirven igualmente de estímulo

A

timulo

4  
estímulo para la queja, y la alabanza: pues acordándonos un fin tanto más glorioso quanto más tragico de los muertos Españoles, la misma obligacion de sentirlos nos pone en el preciso empeño de elogiarlo. Tú, ó Puerte, y Poderoso, en la Guerra Señor Dios de los Exércitos; á quien debieron siempre los de nuestra Monarchia toda su reputacion: Tú, ó Leon victorioso de Judá, por cuyo Nombre, y Gloria pelearon muchas veces los Leones de España: Tú, Consolador Escriptura, por quien se dirige la Iglesia Militante en las devotas exequias de los que fallecen baxo las Vánderas del Christianismo: dame en tal ásumpto esfuerzo, limpia mi corazón, y purifica mis labios, para que ponderando fructuosamente los saludables fines de esta religiosa solemnidad, conozcan más bien los vivos la honra, y el provecho de las solennes funebres honras, que á los Militares defuntos dispone la Real Magnificencia de nuestro Soberano.

Si aquellos invictos Españoles (Excmo. Señor) hubiesen florecido, ó muerdo en los Países, y en los Siglos, en que convirtiendo se la admiracion en idolatria, se daban á los Hombres Divinidades, quando en vista de sus hazañas no los hubieran creído Dioses de la Guerra, al menos agregando las al numero de sus Indigites, ó Penates, les hubieran tributado adoraciones. Las singulares proezas, los comunes beneficios, el amor de la Patria, y las virtudes politicas, y Militares, qué Apotheosis, qué honores Divinos, ya en publico, ya en privado culto, no grangearon á los Muertos? Roma naturalmente enamorada de la bravura, é idolatra siempre de la gloria militar, no satisfecha con las soberbias Piras, con las funebres parentaciones, y con los solennes sacrificios, que ofrecia á los Pladosos Manes de los Defuntos; celebra juegos, dispone monedas, erigé altares, instituyé nuevos

vos Sacerdotes, para venerar las Imagenes de sus Marciales Heroes. Rito que observado tambien en Grecia, y apoyado con la autoridad de Platon para los de un sobresaliente merito, estendió despues Trájano á todos los Militares, quando triunphante de Decebalo, mandó se erigiesen aras, en vez de ordinarios tumulos, á los que fallecieron en la Guerra de Dacia. ¿Qué honras, pues, no hiciera el Paganismo á nuestros defuntos Soldados, ya por su animosidad intrépida, ya por sus Militares progressos, y fatigas, ya en fin por sus arduas, y felices empresas? ¡O quanto mas facilmente el objeto de el elogio, y de la lastima, hubiera llegado á serlo de el culto, y la adoracion!

No ignoraban los Gentiles ser la Escuela de Marte una admirable Oficina, en donde ó criandose de nuevo, ó formándose de mejor calibre los Hombres, pueden de alguna manera llegar á hacerse immortales. Bien conocian, que en la Guerra el mismo campo, que sirve de tumba, ó Pantheon á los sangrientos Cadaveres, es una brillante cuna en donde, como el Phenix de sus cenizas, renacen los Soldados á una fama posthuma. Sabian por ultimo, que la Campaña es el lecho del honor. Mas no teniendo sino una idea muy grosera, muy diminuta, é informe de la eterna felicidad, passaba entre ellos la gloria de pelear muriendo, ó de morir peleando por el colmo, por el último apice de la humana dicha. Así sirviendoles á muchos de escala su propia ruina, y tragedia para la cumbre de la honra, salieron de la nada al ser, subieron de el Feretro al Nicho, y se levantaron de el polvo de la tierra á los humos de el Altar. Por esso se lamentaba Enéas de no haver fallecido á impulsos de el furor Griego dentro de los muros de Troya, llamando, en pluma de el gran Poeta, muchas veces Bienaventurados á los que consigueron semejante fortuna.

Bien

6  
Bien lejos de esta vana creencia, y aquella ridícula superstición estuvo el más valeroso, y antes muerto que vencido Capitán, y Príncipe de los Machabeos; el mayor Caudillo de Israel, el que peleó siempre las batallas de Dios: aquel que con un pequeño Batallon volante se opuso à numerosos Exercitos, venció à nueve Generales, y se hizo respetar, y temer de tres Grandes Reyes de la Asia el Fortissimo Judas Migo, cuya prudencia, y peticia Militar à penas cabe en los dos libros de su historia. Pues haviendo en un recuento perdido algunos Soldados, para dar un autentico testimonio de su estimacion, y ternura, y à la posteridad un illustre exemplo de honrar utilissimamente à los Beneméritos de la Republica, bolvió al campo de Batalla, theatro à un tiempo de sus triumphos, y de las funestas tragedias de sus amados Comilitones, y en lugar de erigirles Estatuas, ò de exponer à la publica veneracion de la tropa sus destrozados cuerpos, dando orden de transportarlos a los Sepulchros de sus mayores, embió inmediatamente à Jerusalem doce mil drachmas de plata, para que en su gran Templo se hiciesen al verdadero Dios Sacrificios por el perdon de sus pecados. Generosidad, y resolucion, que el mismo Sagrado texto califica de santa, saludable, y religiosa: como que eltrivando en los solidos principios de una fee no muerta, de una no vana esperanza, y de una charidad no fingida, si sirvió de defahogo à aquel corazon magnanimo, era tambien el unico obsequio, que podia servir à los muertos de beneficio. Llamefe este recompensa, ò favor, supuestos los infalibles dogmas de un solo verdadero Numen, de su tremendo, è inevitable Juicio, de la immortalidad de las almas, y de la existencia del Purgatorio; ni pudo el Generoso Principe hacer más, ni cumplia con menos. Alargóse su sollicitud mas allá del Mundo que vivimos,

7  
más, para que fuesse su liberalidad à los Israelitas Defuntos de honra, y de provecho. ¿Y que otro Noite mas fijo, que otra idea mas cabal, que otro argumento mas à proposito pudiera Yo encontrar, y proponerme para esta funebre alabanza, que el de tan acertado, y saludable designio? El ciertamente fue inspirado por Dios, alabalo la Divina Escritura, y à mas de haverlo acreditado el uso de la Sinagoga, lo tiene ultimamente canonizado con su immemorial practica la Iglesia. De donde puede inferirse, que entre todos los Varones illustres del Antiguo Testamento, aunque entre un David lamentando en la muerte de Saul la perdida de su florido Exercito, y haciendo el mismo el elogio, y honrando con su luto, su presencia, y sus lagrimas los funerales del General Abner, fue el primero Judas que hizo mas manifestas, y mas utiles demostraciones de honra, y de charidad para con los Militares muertos de su Nacion.

Nosotros, pues, instruidos en las mismas maximas, sabiendo, como sabemos, separar el aplauso, del culto: el honor, del incenso; y el Heroismo de la Deldad; estamos hieq seguros, no solo de publicar Divinos à nuestros Defuntos Soldados, sino tambien de atribuirles unos epitetos, que quanto les capten de reverencia, les quiten à sus Almas de compafsion. La gratitud, y el zelo de nuestro Catholico Principe, aun estendiendose más alla de la muerte, se contiene en los margenes de una piedad religiosa: ni las singulares expresiones de su Real beneficencia, y ternura pudieran acreditarse mejor en honras de otro caracter: pues son en el fondo vanos, inutiles, è importunos los favores, obsequios, y titulos más especiosos, quando ni conducen à el alivio de los muertos, ni à la edificacion de los vivos, ni por ultimo à la gloria de el Divino Juez de vivos, y muertos. Así pro-

profanaría Yo iniquamente la Cathedra de la verdad, faltando á mi ministerio, si [lo que Dios no permita] pretendiese hol para Alfonso de los unos aplaudir más de lo justo el merito de los otros. Vengo á honrar la memoria, no á canonizar las cenizas de los Militares de España. Bienaventurados solo aquellos que murieron en el Señor. No el morir en la campaña, sino el morir bien es lo que hace verdaderamente dichosa, y feliz la suerte de el Militar. Si es gloria para el Soldado la desgracia de perder la vida, no habrá ignominia, que iguale á la de perder por su desgracia la vida, y la gloria. Morir en servicio de el Soberano es honor grande sin dudas; pero morir en gracia de Dios es honra, y provecho. Lo primero adquiere al Hombre una fama posthuma, que con el tiempo acaba; lo segundo un laurel immarcescible, una vida perdurable, una gloria eterna. Más facil, y menos útil, y por esto menos plausible es lidiar contra los enemigos de el Estado, que contra la carne, el Mundo, y el Demonio. El que vence á otros muchos, tiene mucho más que vencer en si mismo, y esta victoria es la más noble, la más ardua, la más importante. En las lides del Espiritu, fuera de ser vedadas, son muy inútiles, y aun nocivas las armas, que ministra la colera. Aquellas digo, que prepara el odio, ceba la embidia, y dispara la temeridad: armas de fuego son; pero de fuego, que más ofende, que brilla, y que al fin, al fin se resuelve en humo llevando el viento toda la carga. No hai quien no milite en la tierra; dixe poco: no hai en la campaña del Mundo, quien no muera peleando: como que en aquellos preciosos momentos, de que pende la eternidad, son más fuertes las baterias, y mas continuos los asaltos de el enemigo comun. Y aqui es donde se gana más credito la moderacion de las virtudes, que el ardimiento de las pasiones: pues so-

lo

lo quien combate con armas de luz, y de justicia vence, y solo quien vence vive, se salva, y se corona.

Aún de los que perseveran hasta el fin en gracia, y salen de esta vida con victoria, no todos consiguen luego el premio, el triumpho, el descanso. Porque Dios, que (segun las phrasas del Profeta) tiene que enmendar hasta en lo bueno, y á cuyos purísimos ojos ni los Cielos son limpios, examinando las almas, si halla en ellas alguna escoria, que dexaron las passadas resacas, las detiene en un lugar seguro, y pacifico, pero imponderablemente triste, y penoso; en donde atormentadas con un fuego voracissimo, que arde, y se enciende á soplos de Divinos rigores, se acrisolan, y se purifican, hasta quedar, como dice Malachias, mas limpias que la plata, y mas encendidas que el oro.

No obstante esto, como el Espiritu Divino calificando de preciosa á los ojos de Dios la muerte de los justos, y de pésima la de los Pecadores, llama gloriosa esto es honrosa la muerte de los Militares todavía, enseñándonos á los límites del Christianismo, nos queda dilatado campo para elogiar, y honrar á los nuestros. Alabemos, pues, á aquellos Varones gloriosos, ó como dice el texto Griego, celebres en fortaleza, y valentia. Honremoslos despues de su muerte: y considerando no hai fortaleza heroica, sino estriba en una verdadera, y solida piedad; alabemos á nuestros Españoles, porque siempre fieles á Dios, y al Rey, militarón hasta la muerte bajo los Estandartes de Christo: porque entraron al ultimo combate armados con el escudo de la fe, el morion de la esperanza, y la espada del espíritu: porque contrfortados en el Señor, y en el poder de su virtud, conservaron en aquel trance terrible el sagrado deposito de la verdadera doctrina, y religion. Así no contristándonos en su fin, como los que nada esperan, podemos confiar en las Di-

B

vi

vinas piedad, consumirian laudablemente la brillante carrera de la vida.

Pero como es de temer que aquellos nobles espiritus huviesen contrahido alguna mancha terrena entre el estrépito de las armas, ó deban por sus pasados deslices alguna pena, y hasta satisfacerla, ó purgala, estén detentados en aquel profundo, y lobrego seno, he aqui como casi precisandonos la misma piedad á contemplar á nuestros Heroes en un Estado por una parte feliz, por otra miserable, mezclando ahora de nuevo las honras con las lagrimas. Yo, Opulentissima Corte de Mexico, te represento en una necesidad extrema, en una pobreza suma á los famosos Conquistadores, y Pobladores de Nueva España; á los Pacificadores, y Gobernadores de sus Provincias; á los Descubridores, y Poseedores de sus riquezas; á los que te regaron con su sangre, te ilustraron con sus blasones, te engrandecieron con sus apellidos; á los que debes el origen de tu nueva grandeza, los principios de tu policia; y los primeros elementos de tu cultura, é instruccion. Yo, Santa Metropolitana Iglesia, te propongo entre innumerables martyrios á los Protectores del Evangelio, á los Propagadores del verdadero culto, á los que combatiendo siempre con intrepidez, y orando algunas ocasiones con más que militar facundia con su lengua, y con su espada, promovieron la causa de la fe; á los que arrancando de raiz los inútiles sarmientos de la supersticion, y derribando con sus manos los Idolos de este proprio lugar te erigieron en Parrochia, y te dedicaron á Dios con la advocacion de SANTA MARIA. Yo, Devotissimo Concurso de uno, y otro Clero, te pinto en una obscura carcel á los que tantas veces redimieron ya de prisiones, ya de insultos barbaros los Operarios Evangelicos; á los Defensores, y Honradores del

Sacerdocio; á los que con el exemplo, y con la voz enseñaron á los Indios la reverencia debida á los Ministros del Altar.

Esto es acordaros, Señores, que están ya en el Quatrel de los Invalidos, y pertenecen al Departamento del Purgatorio aquellos Hombres tan Benemeritos de nuestra Patria, y Religion. Allí arde el precioso metal de sus Espiritus para purgarse de alguna ligera mancha, que les pegó el barro de sus Cuerpos. Allí han de pagar á la Divina Justicia hasta el último quadrante de la deuda; pero ellos están en un estado, que no pueden por si mismos satisfacerla. Solo ayudados de vuestras buenas obras, de vuestras oraciones, limosnas; y sufragios lograrán el perdón; y libris tan lústrres Prisioneros. Por eso en su total insolvencia, en su dura servidumbre, dentro de la voracidad de las llamas claman, gritan, y ocurren á vuestra religiosa piedad, y gratitud. Para librase de las manos de Dios solicitan vuestras manos. De la Justicia de Dios apelan á vuestra misericordia; y lo que es más admirable, aun siendo amados, y amigos de Dios desean, pretenden, y necesitan vuestro favor, y amistad. No creó quepa en vuestra noble correspondencia escuchar, sin commoveros á lastima; su triste situacion.

Mas tampoco cabé en mis voces, ó CARLOS por mil titulos Augusto, ponderar la tierna impresion que haria en tu Real animo, generoso, y compasivo la necesidad, y miseria de tus Defuntos Militares. ¡ O quien supiera definir los nobles sentimientos de tu corazon, de aquel corazon á todas luces grande, heroyco, benefico, y la commocion, que causaria en tu espiritus en un espiritu verdaderamente sublime, superior, excelso, y que con una comprehension maravillosa de todo entienda, y á todo atienda

de, el contemplar à tus valientes Soldados pobres, desnudos, hambrientos, invalidos, captivos! Se te representaria sin duda, que unos de ellos fueron los que despues de la desgracia de Rodrigo, palmo à palmo restauraron el Imperio de los Godos, haciendole sacudir à España el infame yugo del Sarraceno. Se te acordarian luego los otros, que por desconocidos rumbos, por no trilladas sendas, con prolixas navegaciones, con molestas jornadas, con riesgos, con peligros, con muertes, con naufragios engastaron finalmente en la Corona de Castilla los preciosos diamantes de estos Reynos. Vendriante despues à la memoria, los que siempre fieles à tu invicto Padre, aseguraron à la Regia Estirpe de los Borbones la más renida, y disputada herencia, sosteniendo à esfuerzos de su valor, y lealtad, y à costa de su sangre, y de sus vidas el ya vacillante throno de los Coronados Lyrios Franceses. ¿Y quando pudieran el tiempo, y el olvido borrar de tu noble reconocimiento los importantes servicios, que en particular obsequio tuyo hicieron muchos de estos Soldados? ¿Quando olvidarás jamás, à aquellos Compañeros de tus victorias, y aquellas mismas hazañas, de que no solo fuiste el primer movil, sino tambien partícipe, y testigo? ¿Como no tendrás presentes las rapidas Conquistas de la Italia, la celebre batalla de Bitonto, y las otras gloriosas, y felices empresas, que te pusieron en la entera, y pacifica posesion de las dos Sicilia? Quantas veces te havrás acordado de la noche de Velètri, de aquella triste noche, en que el Principe de Louchuvitz, superando felizmente la expectacion de el Conde de Gages, sorprendió, y atacó nuestro Exercito? En cuyo imprevisto lance corriendo riesgo tu Real Persona, tú mismo, Señor, tu mismo viste, como entre los horrores de el azero, y de el plomo prodigas de sus vidas se sacrificaron las Reales Guardias

cómo te sirvieron de escolta, muro, y defensa; cómo frustraron enteramente los designios de el General Austríaco, que havia ya consentido (segun lo escribió à Viena) lograr el honor, y la fortuna de tener essa noche en su campo, y en su tienda por Huesped al Rey de Napoles.

Una dilatada serie, un cumulo de acciones tan illustres, à cuyo gigante merito no halla pbrases la Rhetorica, no pudieran menos, que executar ultimamente tu Real animo, à dar à los Heroes defuntos en estas solemnes Honras las pruebas menos equivoas, las más claras, y distinguidas señales de tu benevolencia, gratitud, y charidad. Ni para esta Religiosa demostracion necesitabas ideas de Príncipes, estraños, teniendo muchos exemplares domesticos. Dispuso el primero, estos supragios tu piadoso Visabuelo CARLOS, el Segundo, de quien Successor en el Solio, y en el zelo, tu incomparable Padre PHELIPPE el *Amigo* los continuó en el largo tiempo de su reinado. Y aun para conformarse con el Santo Judas en la circunstancia de el tiempo, ya que lo imitaba en la de el valor, acabada de ganar la batalla de Villaviciosa, en el mismo campo dió la orden, para que con la promptitud possible se dixessen por los muertos veinte mil Missas, y se les celebrassen las Exequias en un Monasterio inmediato.

Con los insignes exemplos de tus Augustos Predecessores, ¿què pudieras hacer sino continuar à la muerta Milicia las mismas saludables Honras? Pero estendiendose à mas tu favor: pues deseando (segun se percibe del Real Orden) añadir à esta funcion funebre lucimiento, y decòro, resolviste, que para siempre se executasse en este gran Templo, tanto más grande, quanto más tuyo. Y nuestro Excelentísimo Vi-Rey, Principe verdaderamente en todo Excelentísimo, y Hombre à medida de tu gran Corazon, ajustandose

14  
rando puntualmente á sus Reales intenciones, no solo se conformó desde luego en el sitio, sino aprobando el pensamiento de erigir un nuevo túmulo, digno de el Monarca, que lo costea, tuvo la bondad de disponer por sí mismo la forma de el Theatro, arreglándose en lo posible á el Ceremonial de la Corte, y para mayor honor, ha venido á authorizar, y presidir por la primera vez esta lugubre solemnidad. (Si fuera fácil, Señor Excmo, mezclar los parabienes con las lagrimas, me dilatara gustoso en ponderar, y celebrar nuestra fortuna, en dar á esta Ciudad las enhorabuénas, y á V. Excia. las debidas gracias, de que haya venido á esta Iglesia, de quien es dignísimo Vice-Patrono, y se haya dexado ver en publico de un Pueblo, que tanto le ama. Pero no siendo justo confundir con tristeza un día, que así la Ciudad, como la Iglesia, deben señalar con piedra blanca, pasó en silencio nuestro jubilo, y buelvo á el assumpto de nuestro dolor.) En esta pues Métopoli insignie, con esta ingeniosa máquina, con la lucida extraordinaria frecuencia de los Oficiales, Generales, y Subalternos de la Tropa, con el mayor concurso de toda la Nobleza, y lo que es más, con la amabilissima presencia de tu muy esclarecido Lugar-Theniente, ó queres que se renueven los antiguos obsequios, ó se repitan con otro nuevo lustre, y esplendor los mismos beneficios á nuestros Heroes Defuntos. Y sabiendo, como el Religioso Judas, que el mejor modo de honrarlos es el de socorrerlos, dispones que á mas de la solemne, se les apliquen muchas Missas para el consuelo de sus almas, ó para la entera satisfaccion de sus deudas.

¡Pero ó qué grandes ventajas llevan tus lugubres Honras á las que se celebraron por orden del gran Machabèo! Porque este las dispuso para una sola vez; las tuyas son perpetuas, y anniverfarias. Aquellas se hicieron únicamente

15  
camente en la Corte de Jerusalem; estas en las Capitales de tus Dominios. Aquellas en obsequio de unos pocos Soldados; estas á beneficio de todos los de tus Exercitos. Aquellas por los que fallecieron tragicamente en la funcion, y en el campo; estas comprehenden tambien á los que mueren en su lecho. De aquellas, en fin, solo participaron los Judios; las tuyas se estenden á los nacidos en Paisés estranos; pues siendo tus Militares, se hacen, por la lealtad, el servicio, y el merito, Españoles.

Mas si comparamos Sacrificios con Sacrificios, esto es la luz con las sombras, se percibe mas bien el infinito exceso de esta tu religiosa, utilissima, solemniad. Mandas ofrecer en este Templo, no victimas de Reses, y animales, como en la Ley antigua; sino la preciosa ofrenda del Cordero immaculado, el Cordero de Dios, el que quita los pecados del Mundo. Queres, que, hecha por los Sacerdotes con el cuchillo de las palabras aquella mistica inactacion de su cuerpo, relativa á la verdadera del Calvario, se ponga en las aras del Altar la misma Sangre, que se derramó en la Cruz; aquella Sangre, que lava, purifica, perdona; aquella Sangre, que clamando como la de Abèl, y con voces mas fuertes que las de Abèl, penetrará hasta los Cielos para el perdon, y se hará obedecer de los abyssos para el alivio de tus Soldados. Ordenas, en fin, se celebre por ellos el incruento Sacrificio de la Misa: un Sacrificio, con que se le dá á Dios el mayor Culto: un Sacrificio de infinito valor, y estimacion, y cuya admirable eficacia no depende de la disposicion del Ministro; sino de los meritos del principal oferente, el Pontífice invisible, el Sacerdote Eterno, un Sacrificio, que segun el Tridentino, aplicado por aquellas almas es siempre infaliblemente satisfactorio: un Sacrificio por ultimo, en que ofreciéndose por todos los Fieles el

El mismo Unigenito de el Padre, aprovecha, como dice el catecismo, á los vivos, y á los defuntos de el Purgatorio, participando á proporcion de sus frutos, los que lo celebran, aquellos por quienes se celebra, los que lo hacen celebrar, y los que asisten debidamente á la celebracion. Tan utiles, tan saludables, tan religiosos son tus favores para con los muertos. De esta suerte, Señores, sabe correspondier el Rey á los que le supieron servir. Así honra el Rey á los que quiere honrar.

¿Mas quien duda, que en estas mismas utilissimas Honras se interesa mucho el honor, y la utilidad del Rey? Que han en ellas, que no ceda en provecho, y en credito de S. M? Los bronces mismos, que con repetidos clamores nos gritan al oido, y nos acuerdan las muertes de los Militares, se hacen hoy lenguas para publicar su compasion, y ternura. Estas lucidas antorchas si al consumir en llamas las reliquias de la miel en la cera, nos representan á aquellos Espiritus, que en fuego se purifican, son tambien simbolo de aquel Corazon generoso, que arde, y se derrete á incendios de charidad. Esos funebres epitafios, con que se redime de la injuria de el olvido el merito de los defuntos; esos Ingeniosos Geroglificos alusivos á la obligacion, y correspondencia de los Estados, Ecclesiastico, Politico, y Militar de el Reyno, aquellos son eloquentes Panegyricos, estos mudos encomios de su incomparable fineza. Esta nueva Pira, en que á esmeros de el arte se unen lo bello, y lo funebre, es un nuevo monumento de su magnificencia, y de su gloria. ¿Y que otra cosa significan por ultimo estas quatro estatuas, sino las quatro virtudes, que especialmente acredita en estas saludables Honras? Su Fec, su Religion, su Gracitud, su Piedad?

¿Y que fruto, ó Inviçitissimo CARLOS, puedes, y debes

debes prometerle con el exercicio, y practica de estas virtudes? ¿Que correspondencia en los muertos? O quanto, ó quanto de tus Subditos, y Vasallos seran ya á esta hora en el Cielo tus Padrinos, tus Abogados, tus Interesores? ¿Que agradecimiento en los vivos, á quienes tu con este exemplo honras, edificas, e instruyas? ¿Como no se sacrificaran en obsequio tuyo, sabiendo que despues de muertos, te han de deber los mismos obsequios, y sacrificios? En los mayores riesgos, ¿como no descuidaran de sus vidas, viendo que tu has de cuidar de sus almas? ¿Como no han de contribuirte á porfia las Naciones estrangeras tantas voluntarias victimas de amor, y de lealtad? ¿Como no han de pretender los mas illustres, no digo ya ambas Españas; sino los de Francia, Flandes, Helvecia, Cerdeña, Escocia, Irlanda, Napoles, Genova, Lombardia, el honor de formar, ó completar tus Regimientos, sabiendo los utilissimos honores, que les has de hacer despues de la muerte? ¿Y que recompensa puedes esperar del mismo Dios? ¿De un Dios amante, amigo, Esposo de estas proprias almas, que tu favoreces, y socorres? ¿De un Dios, que tanto se paga de las obras de misericordia, más de las espirituales, muchissimo mas de las que se exercitan con los Defuntos? De un Dios, que para libertar á estos sus Escogidos, tiene casi atadas las manos, aquellas manos infinitamente beneficas, liberales, y poderosas; pero abriendo tu las tuyas con tus liberalidades, tus limosnas, tus ruegos, tus sacrificios, lo pones en el empeño de abrirlas, y en la dulce precission de ostentar con ellos su clemencia. Y si esta, como dixo el Profeta, es la mayor de sus obras, y en sentir del Doctor Angel, la que mas lo acredita con nosotros; ¿quien no dirá, que ocasionando tu con tus virtudes, el que use Dios de sus misericordias, interesas en tus beneficios el mismo hon-

nor de Dios? ¿Qué puedes, pues, prometerle de Tu inmensa bondad! à mas de los premios, que te corresponden en la otra vida, afianzados en la divina palabra, y asegurados en tantas Escripturas, aun en este mundo te colmarà Dios de bendiciones, te llenarà de felicidades, dilatara tu Reynado, dirigira tus empreñas, tus armas, tus designios. Así victorioso siempre, como el Bendito Machabeo, triunfaràs del Paganismo, estenderàs los límites de tu Imperio, conquistaràs los Indios mas Barbaros, venerarà tu virtud toda la tierra, celebrarán tu nombre las Naciones mas estrañas, y la fama de el Pio, el Magnanimo, el Religioso, el Agradecido CARLOS III. llegarà hasta la mas remota posteridad.

Entre tanto, Señor, exhalando tu del encendido Thribulo de tu pecho el suave incenso de tus oraciones ofrece à Dios por mano de los Angeles en el Altar de su gloria el Sacrificio agradable aunque humilde de esse corazón misericordioso, de esse tu espíritu contribulado. Que nosotros (despues de haver en cumplimiento de tus Reales Ordenes, ofrecido esta Santa Iglesia, en la Ostia, y Caliz el mayor, y mas agradable Sacrificio,) todavia en desempeño de nuestra gratitud, y para desahogo de nuestro dolor clamaremos en el Santuario; y en los piadosos Oficios, que faltan, pedirèmos al Padre de las misericordias, y Dios de todo consuelo, que por la Sangre, y los meritos de su Hijo preciosissimo, se digne absolver enteramente las almas de tus Defuntos Militares: para que logrando este fin tus utilissimas Honras, los que fallecieron, vencieron, sirvièron, ò trabajaron en la Guerra en paz vivan; en paz triumphen, en paz reynen, descansen en paz. Amèn.

O. S. C. S. M. E. C. A. R.